

MANUEL MOYANO

LA
HIPÓTESIS
SAINT-GERMAIN

XVII PREMIO «CAROLINA CORONADO» DE NOVELA
CIUDAD DE ALMENDRALEJO

algaida



El jurado del XVII Premio «Carolina Coronado» de Novela Ciudad de Almendralejo, promovido por su ayuntamiento, estuvo compuesto por Espido Freire, Luis Alberto de Cuenca, Luis del Val, Eugenio Fuentes y Manuel Pecellín Lancharro, resultando ganadora la obra *La hipótesis Saint-Germain*, de Manuel Moyano.



**Excmo. Ayuntamiento
de Almendralejo**

Primera edición: 2017

© Manuel Moyano, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-841-1

Depósito legal: SE. 1576-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

«¿Qué partícula del tiempo infinito e insondable ha sido asignada a cada uno?»

MARCO AURELIO
Meditaciones (XII, 32)

PRELUDIO

EL HOMBRE QUE APARECIÓ AQUELLA MAÑANA DE 1666 en la granja de la viuda Ayscough dijo llamarse Alastair Welldone. Era de mediana estatura, complexión robusta y brazos desproporcionadamente largos. La nariz algo ganchuda y su mirada penetrante le conferían la apariencia de una rapaz nocturna. Vestía una casaca de color pardo y llevaba un tricornio del mismo color bajo el que asomaban los flecos de una peluca gris y desmañada. Se presentó como profesor universitario y explicó que se había retirado temporalmente a aquel pueblecito, Woolsthorpe, para huir de la epidemia de peste que asolaba la ciudad de Londres y sus alrededores.

—¿Y qué es lo que quiere de mí? —preguntó, no sin recelo, la señora Ayscough.

—En la posada donde me alojo —aclaró el tal Welldone— he oído hablar de un brillante alumno del Trinity College que, al parecer, vive en esta casa. Dicen que se pasa todo el tiempo estudiando libros de matemáticas y que nunca sale de aquí.

—Está usted hablando de mi hijo.

El hombre, de pie en el vano de la puerta, dio un paso adelante sin esperar a que la señora Ayscough le hubiera invitado a entrar.

—Quiero hacerle una propuesta —dijo—. Mientras no se levante la cuarentena y su hijo y yo no podamos regresar a Londres, me ofrecería a darle clases para que no perdiera el curso.

Los corteses ademanes del desconocido, su firmeza al hablar, el buen propósito que parecía alentarle vencieron la desconfianza de la mujer, quien decidió conducirlo hasta el cuarto de su hijo. Él no estaba allí en aquel momento sino, al parecer, en el huerto que se extendía por detrás de la casa. Lo llamó a gritos:

—¡Isaac! ¡Isaac!

El hombre que se había presentado como Alastair Welldone se dedicó a leer, mientras esperaba, los lomos de los volúmenes que reposaban sobre un anaquel de madera. Estaban allí *Los misterios del arte y de la naturaleza de J. Bate*, *los Himnos de Píndaro*, *una Biblia en griego*, *la Clavis mathematicae de Oughtred* y *la Aritmética de Wallis*, entre otros. En la mesa de trabajo del joven, éste había grabado con algún instrumento punzante las iniciales I. N.

—Dígame, madre.

Welldone volvió su cabeza y vio por primera vez a Isaac. Era un joven flaco de unos veinte años, retraído y de mirada esquiva, que reaccionó con obvia incomodidad al descubrir a un extraño en su cuarto. Su madre hizo las presentaciones oportunas y explicó el motivo que había traído al llamado Welldone hasta su casa. Isaac le tendió una mano blanda,

que retiró inmediatamente, como repelida por el contacto con la piel del forastero. Aunque la idea de tener a aquel hombre como tutor no parecía agradarle en absoluto, nada dijo en ese sentido a su madre. Welldone sonrió satisfecho; afirmó que volvería al día siguiente, a las diez de la mañana, y que empezarían enseguida con las clases. Cuando se fue, Isaac anotó en uno de sus cuadernos: «Welldone, mañana a las 10».

Alastair Welldone acudió al día siguiente, puntual, a la granja. Invitó a un taciturno Isaac a que pasearan por el huerto mientras éste le exponía, entre tics y balbuceos, el estado de sus conocimientos. La mañana era soleada y podía escucharse por doquier el canto de los pájaros. Hasta ellos llegaba el olor dulzón de la compota que estaba preparando amorosamente la señora Ayscough. Se sentaron bajo la sombra de un árbol. Al rato, cayó una manzana madura que golpeó la rodilla del joven y rodó por el suelo. Welldone alargó la mano, cogió la manzana y la sostuvo en alto.

—¿Alguna vez —le preguntó— te has parado a pensar por qué las cosas caen siempre hacia abajo?

Isaac Newton se quedó mirándole.

PRIMERA PARTE
JOSEPH CURRAN

ME LLAMO DANIEL BAGAO. MI PADRE ERA PORTUGUÉS y mi madre vasca. Soy ingeniero industrial, una profesión que, en realidad, nunca he llegado a ejercer. Entre 1987 y 2006 dirigí una revista que nadie admitirá haber leído pero que, sin embargo, se hallaba entre las más difundidas del planeta. Me refiero a *Mundo Oculto*, también conocida por los nombres de *Monde Occulte*, *Universo Desconhecido* o *Hidden World*. Se editaba en cuatro idiomas y en su día resultaba fácil verla apilada en quioscos y grandes almacenes de toda Europa y América. Repartidas en cinco sedes, eran más de cuatrocientas personas las que trabajaban para mí entre redactores, corresponsales, ilustradores, fotógrafos y maquetadores; eso, sin contar a los colaboradores ocasionales y *freelance*, quienes llegaban a regalarme sus artículos con tal de que su nombre apareciera impreso en la revista. Nunca entró en mis cálculos levantar semejante emporio mediático, pero, como diría uno de esos detestables gurús financie-

ros, supe sacar partido de las dificultades a medida que se me iban presentando.

Los temas que tratábamos en *Mundo Oculto* iban desde el espiritismo o la astroarqueología hasta el fenómeno ovni o la existencia de mundos paralelos. Aclararé que soy un descreído. Si en mi juventud, cuando nació en mi mente la idea de fundar la revista, aún había abrigado la esperanza de que en nuestro universo pudieran suceder hechos sobrenaturales, repudiados por la ciencia, por entonces ya no concedía la menor oportunidad a lo inverosímil. Sin embargo, yo mismo seguía escribiendo los editoriales que abrían cada número —y que firmaba como Azael, el nombre de un antiguo rey de Damasco— en los que me prodigaba en todo tipo de afirmaciones fabulosas. Podría deducirse de ello que era un hipócrita, un impostor, un falsario. Pero yo no me juzgaba así. El ser humano está necesitado de magia, de sueños, y yo, simplemente, trataba de proporcionárselos. Según creo, era en realidad un benefactor, un filántropo.

Mi posición como director de *Mundo Oculto* me había valido tanto el escarnio de la comunidad científica como el asedio de gente alucinada, iluminados que se descolgaban con las afirmaciones más descabelladas y que trataban de atraer mi atención para protagonizar algún artículo o ser entrevistados. Generalmente, ese acoso se libraba por carta; dado que sólo publicábamos asuntos que guardaran cierta apariencia de credibilidad, me limitaba a acallar por escrito las efusiones de mis interlocutores, con medias verdades que trataban de no alimentar su locura, pero también de no predisponerlos en contra de

nosotros (había que cuidar a los clientes). No siempre era así. En ocasiones, venciendo a través de diversas artimañas el filtro interpuesto por mis empleados, recibía directamente llamadas telefónicas de tipos que aseguraban haber copulado con una hembra alienígena, o que juraban ser la reencarnación de Tutankhamon. Cosas de ese estilo.

Algunos de ellos se las ingeniaban, incluso, para llegar hasta mi despacho, situado en la duodécima planta de un moderno edificio acristalado, en pleno centro de Madrid. Eso fue lo que ocurrió la mañana de marzo de 2005 en que apareció en mi puerta Ismael Koblin. Le había dicho a mi secretaria que trabajaba para una empresa de estudios de mercado y que quería recabar datos sobre el volumen de ventas de la revista —una cifra cuya verdadera magnitud yo ocultaba celosamente—. Por su acento adiviné que era sudamericano, probablemente argentino o uruguayo, pero su apellido (si no era un seudónimo) revelaba un origen familiar centroeuropeo o eslavo. Alto, corpulento, de movimientos torpes, tenía el cabello ensortijado, bolsas bajo los ojos y el iris de color gris azulado. Llevaba una gabardina arrugada de la que no se desprendió en ningún momento pese al calor que irradiaba la calefacción; por su frente resbalaban gruesas gotas de sudor.

Antes de decidirse a hablar, examinó en silencio los objetos que reposaban sobre mi mesa. Se trataba de piezas que había ido coleccionando en mis viajes por todo el mundo y que solían atraer de forma irresistible la atención de los visitantes: una cabeza olmeca, un bastón egipcio rematado por la cruz ansada, una cratera griega que representaba a Teseo luchando contra el Minotauro, una mano

momificada del Perú y un largo etcétera. Algunos de tales recuerdos no pasaban de ser meras reproducciones, pero otros eran auténticos, y en su día había pagado por ellos sumas formidables.

Ismael Koblin acarició con manos torpes la cabeza de piedra olmeca (en la que mi amigo Erich von Däniken ha querido ver el casco de un cosmonauta) y murmuró:

—En realidad, le he mentado a su secretaria.

Ante su declaración, que no me tomó por sorpresa (su comportamiento ya me había hecho dudar sobre sus verdaderas intenciones), sólo tenía dos alternativas: hacer que lo expulsaran del edificio o disponerme a aguantar su previsible perorata. Como lo juzgué inofensivo —aunque los locos más peligrosos son, precisamente, aquellos que no aparentan serlo— decidí concederle una oportunidad. Su aspecto y su actitud me tenían intrigado.

—Si ha mentado —le espeté con tono deliberadamente áspero—, ¿por qué ha venido de verdad a verme?

En vez de responder a mi pregunta, extrajo del bolsillo de su gabardina, como si ejecutase un acto de prestidigitación, un volumen de tapas gastadas que arrojó sobre la mesa. Luego se quedó mirándome, expectante. Tuve que girar el libro con el dedo para poder leer su título: *Las memorias del conde de Saint-Germain*, rezaba, por Ismael Koblin; la portada mostraba la silueta de un caballero de la Ilustración. Lo editaba Aldebarán, una de nuestras empresas filiales, pero yo ni siquiera conocía el libro; publicábamos tanta bazofia al cabo del año que me resultaba imposible retener todos los títulos. En cualquier caso, aquel fulano resultaba ser uno de nuestros autores, en cierto

modo alguien de la casa, así que me mostré más abierto con él.

—Y bien —le pregunté—. ¿Qué desea? ¿Reeditarlo? Tendría que consultar si se vendió en su día lo bastante.

—Quizá seiscientos ejemplares —repuso—. No fue un gran negocio, si es a lo que se refiere... Pero no he venido a verle por eso. Si le traigo este libro es para demostrarle que llevo años investigando la figura del conde de Saint-Germain y que, por tanto, no se me puede considerar un aficionado en la materia... Es más, me precio de ser un experto —me miró fijamente a los ojos y agregó—: No le confío esto por simple presunción, señor Bagao, sino porque sólo así podrá prestar crédito a lo que voy a decirle.

El sentimiento al que me predisponían sus grandilocuentes palabras era de pura incredulidad, pero decidí borrar de mis facciones cualquier expresión que pudiera evidenciarla. Había asistido muchas veces, frente a sujetos como aquél, a revelaciones sorprendentes, capaces de desviar el curso de la Historia, que devenían afirmaciones grotescas o meras alucinaciones. Ismael Koblin espiaba atentamente mi mirada al acecho de cualquier reacción. Quedaba menos de medio minuto para que lo expulsara de mi despacho.

—Le explicaré entonces por qué estoy aquí —declaró con una solemnidad que tenía algo de grotesco—. Hace sólo unas semanas hice un descubrimiento importantísimo. ¡Importantísimo! Sé que le costará creerlo, pero por fin he conseguido desenmascararlo. Por fin he conseguido averiguar la identidad bajo la que se oculta actualmente el conde de Saint-Germain...

Dejó su afirmación como suspendida en el aire. Tal vez esperaba que me mostrara perplejo o, por el contrario, que me declarara escéptico. Pero no hice ninguna de ambas cosas.

—Se trata de Joseph Curran —añadió en el tono de quien dicta una sentencia.

Parecía dar por sobreentendido que yo debía conocer aquel nombre, que cualquiera debía conocerlo. Pero yo no tenía ni idea de quién me hablaba. No fue preciso que manifestara mi ignorancia: Koblin la adivinó en mi mirada.

—¿Nunca ha oído mencionar a Joseph Curran? —exclamó con sorpresa e, incluso, cierto desdén—. Me asombra, señor Bagao. Pensaba que era usted una persona mejor informada. ¿Es posible que no sepa que Joseph Curran es uno de los hombres más ricos del mundo?